

Una educación sentimental

El juego de María

EDUARDO BECHARA NAVRATILOVA
Escarabajo, Bogotá, 2015, 198 pp.

TRAS DOS incursiones previas en el género, en su tercera novela Bechara relata los avatares de María Costa, estudiante de letras y deportista juvenil de alta competencia. La novela abarca un año largo, entre mediados de 2002 y 2003. Se puede precisar con exactitud el momento histórico de la ficción, pues la explosión de la bomba contra el club El Nogal, ocurrida el 7 de febrero de 2003, se menciona en la narración. Alrededor de las canchas de voleibol, los entrenamientos, las clases universitarias, los vínculos afectivos con amigos y amigas y el ámbito familiar, somos testigos de ese año en la vida de la joven.

La acción inicia cuando María, sin estar jugando ni entrenando, se lesiona el tobillo, lo que le impedirá participar en la final del torneo nacional juvenil, ser vista por un cazatalentos y tener la oportunidad de conseguir una beca para estudiar en una universidad en Estados Unidos. Su antigua amiga Josefina Gallo, ahora la principal de sus rivales, no solo es quien puede obtener la beca sino que por la lesión de María ya se convirtió en la nueva capitana del equipo. Tras esa suerte adversa, lo primero será cuidarse la lesión para volver a jugar y después alcanzar un nivel competitivo; para eso tendrá todo el año siguiente. Pero las cosas no serán fáciles, pues diferentes hechos se interpondrán entre María y sus objetivos: el primer obstáculo será ella misma. María se enamora de todos y todas, y como está comenzando a ser adulta se comporta con la torpeza propia de los adolescentes; por ejemplo, accede a un *ménage à trois* con su primer novio, Mario Marín, y con su entonces amiga Josefina Gallo: tras ese encuentro se queda sin novio y sin amiga. El nuevo novio, Esteban, resulta ser un mal novio pues más adelante se acuesta también con Josefina. Después se enamora de un compañero en la liga y se acuesta con él sin saber que tiene pareja. En su casa las cosas también van mal, con un papá que se

debate entre las deudas y la crisis de su empresa, y una mamá que molesta y controla sin ayudar mucho. Así las cosas, María tendrá que enderezar el rumbo de su vida, intentando resolver sus problemas afectivos y tratando de cumplir con todos sus objetivos personales.

María ya no es una niña, pero tampoco es una adulta. Está en ese tránsito entre un estado y otro, cuando se empieza a estrenar la autonomía y se padecen cambios trascendentales que también pueden vivirse como experimentación o como promiscuidad. Si bien es cierto que a cualquier edad hay transformaciones, ellas revisten mayor importancia en la edad que tiene la protagonista. Al comienzo pareciera que María solo tiene problemáticas de niña bien, pues sus disyuntivas son del tipo de tener que elegir entre estudiar en la Universidad de los Andes o en una universidad en los Estados Unidos, o entre acostarse o no con un colega. Con el transcurso de las acciones, María se obliga a sí misma a asumir cierta responsabilidad económica, sin dejar de cumplir en lo académico ni en lo deportivo.

María está aprendiendo a lidiar con la vida real, tanto en su interior, sus sentimientos y sus relaciones familiares, como en lo exterior, la universidad, el deporte, la vida cotidiana. Pese a que ella se desenvuelve mejor en lo práctico (el estudio, la autofinanciación y el rendimiento deportivo) que en las cuestiones afectivas, esta novela es un modesto aporte colombiano al antiguo y vasto género de la novela de aprendizaje, también conocido entre los especialistas como *bildungsroman*, novela de formación o novela de educación sentimental.

Mientras María es un personaje bien construido, ninguno de los otros se alcanza a definir más que por pinceladas o bocetos. Así, el padre distante, la madre sufridora y el resto de los jóvenes son meras comparsas. Mateo, por ejemplo, pese a ser la amistad más leal de María, aparece solo tres veces: el día de la primera final, en una visita a un museo y para recogerla una noche. Y Josefina, la mala, personaje que por su carácter antagonista hubiera podido tener mayor participación, también aparece poco, y todas sus maldades no se muestran en acciones sino que

se alude a ellas. Los personajes aparecen y desaparecen dependiendo de las necesidades narrativas, pero no se integran en la narración misma.

Hay dos narradores, uno omnisciente en tercera persona, y María, que narra en primera persona; esos dos narradores se alternan. En algunas ocasiones hay fragmentos que son solo diálogo y por tanto es imposible definir la voz que narra. A menudo se insertan frases de la protagonista, versos de poemas que ella escribe, perlas de sabiduría inocente y especímenes de aforismos de “autoayuda” o de manual de crecimiento personal. Por ejemplo: “El lado animal del hombre es más visible de lo que creemos” (p. 45); “El karma existe. Por eso no hay que hacerle daño a nadie” (p. 85); “No es bueno pensar tanto, te amarga. Es mejor vivir” (p. 101). El autor asume de forma verosímil esa identidad femenina como voz narradora y usa indistintamente los estilos directo, indirecto e indirecto libre. Sin embargo, como usa indiscriminadamente los diferentes estilos, el texto carece de cohesión formal.

Si en la anterior novela Bechara retrataba la hostilidad del ambiente de oficina y el matoneo laboral, en esta relata las rivalidades deportivas entre jóvenes de clase alta. En Josefina Gallo confluyen las peores características de un deportista: la deslealtad, la ausencia de juego limpio, la mala leche. Pero así como el deporte tiene simbólicamente una carga negativa, es también ejemplo de camaradería, esfuerzo, tenacidad y perseverancia. En últimas, juego y deporte son metáforas de la vida.

La novela está dividida en dos partes: “Primera final” (la de 2002), dividida a su vez en tres secciones a las que el autor llama “sets”, y “Segunda final” (de 2003), dividida en cinco sets. Cada uno de esos ocho sets está dividido a su vez en pequeños textos, tantos como puntos van haciendo los equipos. De esa forma, como el marcador del primer set es 25-23, esa sección (pp. 3-21) está compuesta por 48 fragmentos que se van titulando “Cero-uno”, “Uno-uno”, “Uno-dos”... y así hasta “Veinticinco-veintitres”. Los sets siguientes están compuestos por 47, 47, 50, 54, 56, 60 y 60 textos; es decir que en las escasas 200 páginas de novela hay un

total de 422 fragmentos. Cada autor organiza su material como quiere, pero esa es necesariamente una decisión estética. En *El juego de María* es fácil entender la forma: las finales, los sets, los marcadores que avanzan, pero es imposible entender cuál es la razón de ser de esa estructura formal. No es la metáfora del *puzzle* porque los rompecabezas son artefactos exactos a los que ni les faltan ni les sobran piezas. Esta novela termina siendo víctima de su propio invento. En algunas oportunidades, fragmentos sucesivos que no tienen ninguna variante entre sí, y que habrían podido ser fusionados, se mantienen separados por el capricho de conservar el esquema de la puntuación del voleibol; es como si se partieran textos únicamente para responder a esa necesidad. No es que a medida que cada set va finalizando los eventos de la novela se hagan más dramáticos, pues no existe ninguna relación entre los momentos de tensión en la historia y los momentos de tensión del partido, que tendrían lugar cuando se está terminando cada set. No hay armonía entre forma y contenido. La cerrada estructura formal se vuelve una camisa de fuerza; el contenido se intenta adaptar, pero la forma le resulta artificial, el contenido excede a la forma. Por la disposición fragmentaria y por el hecho de estar narrada en viñetas, a esta historia quizá le hubiera convenido el formato de novela gráfica.

La trayectoria de Escarabajo, el sello editorial de *El juego de María*, es corta y sus publicaciones pocas. En una década de labores ha publicado cuatro libros más de Bechara; dos de su tocayo, el argentino Eduardo Bechara Bacarat, y dos de Manuel Mejía, lo que lleva a suponer que tras las alas del coleóptero se mimetiza una editorial para autopublicarse y publicar a los amigos, para hacer las llamadas ediciones de autor o autoediciones. Esta es una práctica por la que se olvida que el lector necesita la mediación de un editor, y solo beneficia al autor que publica, al taller que imprime, al librero que vende (si es que vende) y al reseñador que cobra su reseña.

Carlos Soler